

TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Un nuevo año nos invita a reflexionar sobre el inicio de nuestro propio camino de sanación y a volver al Primer Paso: Admitimos que éramos impotentes ante las adicciones, compulsiones y apegos dañinos; y que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables. Para muchos familiares y seres queridos, este momento de verdad llega tras años de intentar arreglar, rescatar, controlar o mantener las cosas en su lugar. A pesar de nuestros mejores esfuerzos, parecía que nada cambiaba. De hecho, cuanto más intentábamos solucionar la adicción o el comportamiento de otra persona, más ingobernable se volvía nuestra propia vida.

Muchas veces iniciamos la recuperación exhaustos y confundidos, sin saber a quién culpar; o si había alguna esperanza de que las cosas mejoraran. Pero ese momento de colapso no es el final. Es el comienzo de algo nuevo. Es en donde la claridad y la gracia empiezan a presentarse. Tal y como el Libro Grande de *Alcohólicos Anónimos* lo señala: “Llegamos a comprender que teníamos que admitir plenamente, en lo más profundo de nuestro ser, que éramos alcohólicos. Este es el primer paso hacia la recuperación” (p. 30). Para los seres queridos, este primer paso puede parecer que admitimos que no podemos lograr que alguien se mantenga en sobriedad, que no podemos forzar un cambio y que no podemos llevar solos la carga.

El fundamento espiritual de la recuperación nos recuerda: “Sin ayuda, resulta demasiado para nosotros. Pero hay Uno que tiene todo el poder —Dios. ¡Ojalá Lo encuentres ahora!” (*Alcohólicos Anónimos* p. 59). Regresar hacia Dios no es un acto de debilidad. Es un acto de valentía: de elegir confiar en algo mayor a nosotros mismos después de ver que nuestros propios métodos no habían funcionado.

El profeta Isaías se refiere a este cambio cuando dice: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció” (Isaías 9, 1). Como familiares, conocemos la oscuridad del temor, la codependencia y el intento de mantener todo en orden. Pero en esa oscuridad llega la luz de Cristo, que ofrece paz y una nueva dirección; no solo para la persona que lucha contra la adicción, sino también para nosotros.

Esa luz suele comenzar en un momento sereno en la verdad, quizá en una reunión de recuperación o durante una oración personal, cuando admitimos cuánto nos había dolido esto y pedimos ayuda. Ese momento se convierte en un punto de decisión. Como dice el Libro Grande, “Estábamos en el punto de cambio. Entregándonos totalmente, le pedimos su protección y cuidado” (*Alcohólicos Anónimos*, p. 59).

El Evangelio de este domingo narra la historia de cómo Jesús llamó a los primeros discípulos. No se acercó a ellos en un templo ni en un momento perfecto, sino en medio de su jornada laboral. Les dijo: “Sígueme y los haré pescadores de hombres.” Ellos inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. (Mateo 4, 19-20).

Para nosotros, el Primer Paso es nuestro propio llamado a dejar atrás las redes a las que nos aferrábamos: la responsabilidad equivocada, el resentimiento, el temor o la ilusión de control. La sanación inicia cuando soltamos las cosas y permitimos que Dios nos guíe. No tenemos que conocer el camino completo que tenemos por delante. Solo necesitamos un poco de honestidad, un poco de disposición y el apoyo de quienes han recorrido este camino antes que nosotros.

El camino de la recuperación no consiste en componer a otra persona. Se trata de ser transformado, día a día, por el amor, la misericordia y la verdad de Dios. La luz ya ha empezado a brillar. Y no estamos solos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué responsabilidades equivocadas o temores te han impedido admitir tu impotencia?
- ¿Cómo el dejar las cosas te ha ayudado a encontrar paz en tus relaciones y circunstancias?
- ¿Qué “redes” podría estar invitándote Dios a soltar para que puedas seguirle con más libertad?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 8, 23-9:3

SALMO RESPONSORIAL Salmo 27, 1, 4, 13-14

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 1, 10-13, 17

EVANGELIO Mateo 4, 12-23